

DELICIAS

(INTENTO DE CREACIÓN LITERARIA A LA MAYOR GLORIA DE TÚA BLESA)

David SERRANO-DOLADER

Lope era gordo. Sí, francamente puede afirmarse que Lope era gordo. No llevaba gafas, ni usaba brillantina, ni iba los domingos al fútbol; pero gordo —lo que se dice gordo— sí lo era.

Hay gente que es calva, o que cojea ligeramente en trastabillo, o que deja ver siempre un hilillo de saliva cuando habla, o que carraspea como una lagartija tuerta. Y hay otra gente que, para su gracia o su desgracia, es gorda.

Hoy es martes. Ayer había sido lunes y mañana sería miércoles. Sí, no cabe duda de que hoy es martes.

Los lunes dan por el culo, los jueves uno se va a pasear con el amigo de infancia y los domingos —cada vez menos— se juega a papás y mamás en las puertas de las iglesias. Los martes se hace lo que hay que hacer.

Lope se levanta, se viste, se calza. Se mira en el espejo mientras engulle la última magdalena. Sale de casa, de una casa que queda con una angustiada sensación de vacío y abandono. La mañana es tan desagradable como cualquier otra mañana de martes. Humos, ruidos de ambulancias, niños que chillan tras pisar una mierda de perro. El semáforo se pone verde y Lope le lanza una benévola sonrisa de agradecimiento. Ya está en la otra acera. Va andando y es gordo. Tremendamente gordo.

Antes de comprar el periódico, reacomoda la pistola en el bolsillo interior de su gabardina. Una gabardina de la que Lope se siente muy orgulloso. Era cara pero le ha sacado buen partido. Lee, sin dejar de caminar, los resultados en las páginas deportivas. Confirma que no ha acertado la quiniela. Bueno, en realidad, no hace nunca quinielas pero le encanta confirmar que, de haberlas hecho, no le hubieran tocado.

Unas adolescentes explotan a reír cuando Lope se da un golpe con una vieja papelera desteñida. Para despistar, Lope arroja el periódico a la basura. Y mientras frota la culata de su pistola piensa en las tetillas puntiagudas de las colegialas.

En el siguiente quiosco vuelve a comprar el periódico. Debería ir con más cuidado con las papeleras o se le va a ir el jornal en comprar periódicos los martes por la mañana.

Sube calle arriba hasta llegar a la esquina del estanco. Entra y compra dos paquetes de rubio americano. Al salir, un chorrillo de agua le moja el cogote. La vecina siempre riega las plantas del

balcón a esta hora los martes por la mañana. Le entran ganas de llamar al timbre y, haciéndose pasar por el fontanero o por el controlador del gas —lo había visto la semana pasada en una película—, subir al piso de esa maldita señora que siempre riega las plantas cuando él ha comprado sus dos paquetes de rubio en el estanco de la esquina. Llamaría al timbre y entraría bruscamente en casa, sacaría la pistola sin que la víctima tuviera tiempo de reaccionar y le pegaría dos tiros a ella y tres a la regadera amarilla del balcón. Luego, muy tranquilo, saldría del edificio y se compraría un bollito relleno de nata.

Son casi las once. Entra en el bar de todos los martes y saluda con cortesía al camarero. Un café, unos churritos y una copa de anís. Luego irá al baño. Toma el café mojando los churros con una angustia incomprensible. Efectivamente, ahora va al baño. Orina, no se lava las manos y vuelve a apoyarse en la barra del bar. Son 6'90 eures. Paga y se bebe de un trago la copa de anís. Deja diez céntimos de propina. ¡Rácano de mierda!

Cuando ya está demasiado lejos se da cuenta de que ha olvidado el periódico en el bar. No merece la pena volver a buscarlo. Mejor entretener el camino hacia el museo pensando en cosas sin importancia: la cucaracha que mató ayer en la cocina, lo caro que se ha puesto el pan en los últimos tiempos, las borras de polvo que pasean a sus anchas por el pasillo de su casa. Cualquiera paseante que se fijara en él lo confundiría con una mujer embarazada absorta en la posibilidad de abortar. Por suerte nadie le presta atención. El aborto sigue estando mal visto por las gentes que pasean los martes por la mañana por las calles de Madrid.

Le irritaban esas figuras grotescas que pululaban por el cuadro. Y le irritaban desde la primera vez que, siendo todavía un niño, había visto una mala reproducción de *El jardín de las delicias* en el libro del colegio. Entonces no entendió los versos que acompañaban a la fotografía. Eran unos versos de Boscán, eso sí lo recordaba: *Los casos de justicia más horribles / en público han de ser, porque 'scarmienten / con ver su fealdad, y s'amedrienten / hasta los coraçones invencibles.*

Nunca vio otra relación entre aquellos versos y el cuadro que la simple semejanza de nombre entre Boscán y Bosco. Tonterías más grandes se leían en los libros de escuela: “España es el bastión espiritual de occidente y bla, bla, bla”.

Como cada martes, seguía confirmando que los pasos de cebra no se respetan en la capital. “¡Cabrón, mira por donde vas!”, había gritado al conductor. Un dedo levantado y un “¡Vete a la mierda, gordo!” era la única respuesta que había recibido.

Después había vuelto a ver el cuadro cientos, miles de veces. Una buena parte de sus menguados ingresos la había gastado en comprar libros, películas, diapositivas y reproducciones del cuadro. Incluso le dio por comprar un puzzle de 10.000 piezas que, por pura casualidad, había encontrado en una juguetería en un viaje de negocios a Zúrich. Su sala de trabajo estaba empantanada con el dichoso rompecabezas: 240 x 136 cm. En los últimos meses había conseguido colocar ya 9.423 piezas: una a una, indagando minuciosamente con una lupa cada nuevo trocito que

pasaba a acoplarse en una totalidad que nunca completaría. Cada pieza que colocaba hacía aumentar su irresistible y odioso atractivo por el cuadro.

Precisamente ayer había completado la parte del cuadro que le traía como loco desde hacía semanas. En la parte inferior del panel derecho del tríptico había aparecido esa imagen de un cerdo con toca de monja que besa en la cabeza a una figura triste y recelosa. No sabía explicar muy bien el porqué, pero cuando vio ante sus ojos esa imagen acabó de convencerse de que... tenía que hacerlo. Y cuanto antes mejor. Lope era gordo, tremendamente gordo; y eso imprime carácter.

Seguía andando. Había decidido no coger el metro, para respirar ese aire pegajoso de la gran ciudad. Pasó por delante de unos multicines: todo películas iraníes. Y la reposición de *Tiempos modernos*.

De siempre había sido más bien gordo. En la escuela las niñas —esas niñas de tetillas nacientes y sonrisa hiriente— le insultaban: *gordo gordera, gordo gordera se subió a una higuera, se comió cuatro higos y cogió caguera*. Nunca tuvo una novia. Ni siquiera se había atrevido a ir de putas. Vivía solo, en un piso de tres habitaciones. Su trato con los vecinos se limitaba a pedir harina o sal a la hora de cocinar.

Madrid. El martes era un buen día. Lope, tranquilo y seguro de sí mismo, enfilaba ya la calle del museo. Llevaba andando más de una hora y el sudor había comenzado a empaparle la camiseta de tirantes y el cuello de la camisa. Entró en otro bar y se aflojó la corbata. Tomó una tónica fría, sin hielo. Dejó tres euros en la mesa y salió a la calle. Dos jóvenes se besaban sin pudor y sus lenguas enredadas en jugueteos de circo le confirmaron a Lope lo acertado de su decisión.

“La date de naissance de Jérôme se situerait donc entre 1450 et 1452 sans exclure d'autres dates”. Lope recordaba muy bien esta frase que ayer había vuelto a leer en uno de los múltiples libros sobre el pintor que llenaban las estanterías de su casa. Nunca había hecho ningún caso especial a otros cuadros. Durante un tiempo, había estudiado con cierto interés *Los siete pecados capitales*. El fragmento dedicado a la gula no le había impresionado lo más mínimo: no se identificaba en absoluto con el gordo sentado a la mesa. En todo caso, sí había sentido una ligera simpatía por el pequeño que alzaba los brazos hacia la jarra de vino. Nada más. En el fondo, ese no era su cuadro.

El museo estaba al otro lado de la avenida. Nunca había estado en él pero sabía a la perfección dónde estaba situado el cuadro. Cruzó la calle con una lentitud excesiva. Antes de llegar a la acera, el semáforo ya había cambiado a rojo y los coches pitaron impacientes. Ni se molestó en contestar a los insultos. Sentía un inmenso placer. Ni siquiera había ido de putas.

Se repeinó un poco con las manos y humedeció los labios con la punta de la lengua. Antes de decidirse a entrar arrancó con maestría la cinta dorada que cerraba el plástico del paquete de cigarrillos. Tiró a la calle el plástico y los restos del papel plateado que recubría las cabezas de los cigarrillos. Cogió uno. En su bolsillo llevaba un encendedor pero prefirió pedir fuego a una señora que pasó a su lado. La primera chupada fue tan profunda que el humo pareció perderse más allá de cualquier territorio conocido. Sintió una sensación de justicia y placer. Igual que cuando de pequeño

—*gordo gordera*— había logrado atrapar a una de las niñas que le insultaban en la escuela y le había dado su merecido. Quizás Boscán tenía razón.

Mientras chupaba su cigarrillo se entretuvo mirando a un gorrión (¿el último gorrión de la ciudad?) que picoteaba unas migas de pan. Al fin, arrojó la colilla sobre el pájaro, que dejó abandonado su festín con un trino de protesta. Lope estaba muy satisfecho; casi feliz.

Entró en El Prado. Había gente, pero sin agolpamientos ni griteríos. Poco sabían ellos lo que iba a pasar. Solo Lope lo sabía. Y el saberse dueño y señor del secreto le producía una acariciante sensación de superioridad. ¡Imbéciles!

Se entretuvo una media hora por las salas del piso bajo. Paseaba como quien viaja en un barco dejando atrás paisajes tan maravillosamente repetidos como carentes de fijeza. Un niño que se hurgaba la nariz, la maestra esforzándose en explicar que la mirada del cuadro nos sigue a todas partes, ese japonés bajito y con cara de cabreado permanente que enfoca la cámara, el vigilante que se pregunta una y mil veces qué leches hace allí todo el santo día. Y bostezos, muchos bostezos.

Aún tenía tiempo. Entró en la tienda de regalos y se puso a pasear con desgana. Sabía que no encontraría nada que le resultara absolutamente nuevo. Si el dependiente entrara en su casa se le caería la cara de vergüenza. Unas tarjetitas, pósters de diversos tamaños, algunos libros. Él sí tenía una verdadera colección de textos y reproducciones sobre el cuadro.

De repente, entre unas pilas de cedés malamente ordenados, topó con una carátula que llamó su atención: *La Divina Comedia*, de Marco Ambrosini. ¿Quién sería ese dichoso Ambrosini? La portada reproducía un detalle de *El jardín de las delicias*. No cabía duda. La imagen correspondía a la tabla del infierno. Ese desnudo, de espaldas, como crucificado entre las cuerdas de una especie de arpa gigante, no dejaba lugar a dudas. Algo más abajo, hacia la derecha, se hubiera podido ver la imagen del cerdo con toca de monja.

Avergonzado, cogió el cedé, se dirigió a la caja y pagó. Tenía que reconocer que había sido una verdadera sorpresa para él. Ya lo oiría esta noche cuando regresara a casa.

Salió de la tienda. No había tiempo que perder. El martes es un día en el que hay que hacer las cosas que hay que hacer. Subió al piso. Fue directamente a la sala. Era más bien pequeña. Él ya lo sabía y no le sorprendió en absoluto.

¡Allí estaba! Impotente.

Imponente: tabla central: 220 x 195 cm; tableros laterales (cada uno): 220 x 97 cm. Bueno, su rompecabezas tampoco estaba mal.

El guardián paseaba con indiferencia. Se detuvo unos instantes en la sala. Lope se le aproximó. Su gabardina casi tocaba el ridículo traje del celador. Perdona, ¿es este *El jardín de las delicias*? De sobra lo sabía Lope. Pero ¡qué placer sintió cuando la culata de su pistola estaba a menos de diez centímetros del estúpido guardián! Nada, ni cuenta.

En la sala quedó sólo Lope. Y junto a él una chica que, con cierta habilidad, estaba copiando un fragmento del cuadro. Lope la miró. Se sonrieron mutuamente con ignorada complicidad. Ahora

Lope ya no tenía prisa. No podría escapar. Algo parecido debía de estar pensando la joven que espaciaba los trazos en su lienzo.

Estuvo casi un cuarto de hora mirando el cuadro. Nada le sorprendió. Podía describir de memoria todas y cada una de las figuras que pululaban y se distorsionaban. También la jirafa seguía allí, detrás de ese perro orejudo de dos patas.

Muy amablemente le pidió a la joven pintora que se retirara un poco. ¿No le importaría echarse un poquito a la izquierda, señora?

Se puso frente al cuadro. Era martes y él estaba gordo, muy gordo. Sacó la pistola. Un tiro, un solo tiro era suficiente. Sería un trabajo de profesional. La pintora seguía enfrascada en alguna estúpida corrección. Apuntó hacia la izquierda. El tiro salió limpio, orgulloso. La cara de Eva había quedado destrozada. Esa cara de niña estúpida. Como la cara de Julia, como la de Tere, como la de Adelina, como la de Mamen. *Gordo, gordera.*

La pintora apenas pudo reaccionar. Lope se le acercó: “Los casos de justicia más horribles en público han de ser”. La pintora estaba más preocupada por saber cuánto tardaría ese loco en descerrajarle un tiro en la cabeza que por la irreparable mutilación del cuadro.

Lope retiró su pistola y caminando a buen paso, sin correr, abandonó la sala. El vigilante llegó poco después, sudado y jadeando. ¡Mierda! La pintora lloraba sin poder articular palabra.

Uno, otro, otro más. Un grupito. Un par de guardias de seguridad. Y, poco a poco, una avalancha de gente difícil de contener. Será posible. Joder ¿Quién habrá sido? Serán cabrones.

Lope bajaba con tranquilidad por la escalera, poniendo todo de su parte para tropezarse lo más posible con las personas que subían en un curioso desorden. Lo sabía: no tuvo ningún problema para salir por la puerta principal. Todos estaban absolutamente ocupados en demostrar que estaban haciendo bien su trabajo. Al día siguiente podría leerse alguna noticia en el periódico. Quién sabe si la pobre pintora lograría convencer a la policía de que ella no tenía nada que ver en el caso. Se necesitaría un culpable, y rápido. Poco importaba lo que pudieran decir las cámaras de seguridad o ese niño pelirrojo que había echado una desconfiada mirada a Lope en la tienda de recuerdos.

Lope cogió un cigarrillo. Vio a unos gorriones revolotear en busca de comida. Si hubiera tenido unas migas de pan, bien a gusto se las hubiera dado. Fumaba tranquilo mientras se deleitaba pensando en cómo se amedrentan los corazones invencibles.

Cogió el metro. Subió a su casa. Se quitó la gabardina sin acordarse para nada de la pistola que descansaba en el bolsillo.

Introdujo *La Divina Comedia* en el equipo de música y ajustó los cascos en su cabeza. Se sentó en el sillón de la habitación y subió el volumen.

Cuidadosamente seleccionó algunas piezas entre las 577 que aún le quedaban por colocar en el puzzle. La cabeza de Eva parecía sonreírle. Lope se desprendió de los cascos. Apagó la luz de la habitación y se dirigió a la cocina.

Mientras abría la nevera pensó en que, tal vez, debería tratar de adelgazar.

Era martes. Un martes sencillamente delicioso.